

15. El Cuarto Reino

Daniel 11:14-22.

El decimocuarto versículo del undécimo capítulo de Daniel, como hemos visto, introduce un nuevo poder. Gabriel, al narrar los acontecimientos relacionados con la historia de Grecia, llevó a ese imperio hasta el momento en que la división del sur estaba en manos de un niño, Ptolomeo Epífanés, y cuando dos hombres, Filipo de Macedonia y Antíoco de Siria, aunque celosos el uno del otro, estaban dispuestos a unir sus fuerzas para someter a Egipto. Desde un punto de vista político, prevalecía una debilidad general en el que fuera el poderoso imperio de Alejandro. Sin entrar en detalles, el ángel de la profecía habla de la primera aparición del cuarto reino al entrar en contacto con las divisiones del tercer reino, Grecia. Este cuarto reino es introducido así: «Los adversarios violentos de tu pueblo se exaltarán para que la visión se cumpla» (Spurrell).

Dado que cada palabra es divinamente dada, hay un significado en la misma introducción de lo que está a punto de convertirse en el reino más poderoso de la tierra, y al mismo tiempo el mayor enemigo que el pueblo de Dios jamás haya tenido que enfrentar. Daniel ya había visto este reino antes. En la visión del capítulo siete, Roma fue representada como una bestia demasiado terrible para nombrarla. Sus características eran devorar, pisotear en pedazos y quebrantar. Durante parte de su historia hablaría grandes palabras contra el Altísimo, desgastaría a los santos de Dios y pensaría en cambiar incluso Sus leyes. Tan turbado quedó el profeta por esta visión en su primera visión que buscó una explicación especial de este cuarto reino.

En su siguiente visión, el cuarto reino fue mostrado de nuevo bajo el símbolo de un cuerno pequeño, que brotó de una de las divisiones del reino de Alejandro. En esta visión, Roma no fue presentada de forma más suave que en la visión anterior. Era como un rey con un «rostro feroz», «entendido en enigmas», con un poder formidable — un poder incluso más que humano. Iba a ser un gobierno

astuto y solapado, y sus prácticas más crueles se vieron dirigidas contra el pueblo escogido de Dios. Sí, contra Cristo, el Príncipe de príncipes, el Príncipe del pacto, este poder se levantaría. Gabriel habló de los ladrones que se exaltarían para establecer la visión — es decir, para cumplir la descripción recién dada.

Poniendo todos estos pensamientos juntos, se verá que Roma, el cuarto reino, sucesor de Grecia, se destacaría por la política decisiva que mantuvo. Cada nación en la cadena profética tenía alguna característica fuerte, y su historia se registra como una lección objetiva para el mundo, así como en los días de su vida había sido una lección objetiva para las multitudes observadoras de otros mundos. Babilonia fue un ejemplo del poder de Satanás para establecer una religión que falsificaba la adoración celestial. El resultado fue la forma más **baja** de idolatría, una fornicación que la convierte en la personificación, entre los escritores bíblicos, de toda vileza. Medo-Persia fue un tipo de despotismo oriental. «*La ley de Medos y Persas no cambia*»; este era un proverbio entre las naciones. Pero fue con los reyes de esta nación con quienes trabajaron Gabriel y Miguel; fueron los jefes de este despotismo quienes fueron mantenidos a raya por el poder del Rey de reyes.

Grecia fue totalmente diferente de las dos anteriores, y en lugar de obtener reconocimiento debido a la forma de religión o gobierno, obtuvo el control del mundo por el poder de su intelecto. Con su educación y filosofía, logró un punto de apoyo que ninguna otra nación había sostenido. Cuando Babilonia fue derrocada y Medo-Persia ya no existió, Grecia siguió viviendo en las mentes de los hombres.

Pero el cuarto reino era «*diferente de todos los demás*». Según se le representó a Juan, Roma, la bestia de Apocalipsis 13:2; combinó las características del leopardo, el oso y el león. Se unieron el falso sistema de la religión de la antigua Babilonia, la tiranía gubernamental de Medo-Persia, y la mezcla de bien y mal en la cultura intelectual de Grecia. Cuando se dan la religión, el sistema educativo o los estatutos intelectuales, y la historia gubernamental de una nación, queda poco más que valga la pena relatar. Así, en

una sola nación, Roma encarna la fuerza de todas las naciones anteriores. ¡Qué maravilla que fuera una nación terrible y espantosa, y que si el tiempo de su supremacía no fuera acortado, no quedaría nadie para dar testimonio de la verdad! Es a este poder al que nos presentan en el versículo catorce del undécimo capítulo de Daniel.

Cuando Babilonia fue derrocada y Medo-Persia ya no existió, Grecia siguió viviendo en las mentes de los hombres.

Fue en el año 201 a.C. cuando el niño, Ptolomeo Epífanés, heredó el trono de Egipto, y los reyes de Macedonia y Siria planearon su derrocamiento y la división de su imperio. Fue entonces cuando Roma ascendió a la prominencia ante los ojos del profeta. Pero Roma ya existía desde hacía años, y durante esos años había estado acumulando fuerza para permitirle entrar en la arena con un salto cuando llegara el momento adecuado. La historia tradicional de Roma se remonta a mediados del siglo VIII antes de Cristo. Eso fue antes de los días de Nabucodonosor y las glorias de Babilonia. En los días en que Isaías comenzó a profetizar, Roma fue fundada. Se decía que era el hogar de una banda de ladrones y forajidos, y uno de los primeros actos fue el robo de las mujeres de una ciudad vecina como esposas para estos primeros colonos. Así que, si a los romanos se les llama hijos de ladrones, el carácter no puede negarse. Los romanos eran una raza fuerte y robusta, y desde el principio comenzaron el desarrollo de un gobierno central fuerte. En esta empresa, los hombres fueron ayudados por el príncipe de este mundo, el propio diablo: porque el dragón, esa serpiente antigua, llamado el diablo y Satanás, dio a la cuarta bestia *«su poder, y su trono, y grande autoridad»*.

La fuerza de toda la historia se pierde a menos que el estudiante reconozca a cada nación como un actor en el gran plan de redención — uno de los participantes en la gran controversia entre Cristo y Satanás. Como los planes del archienemigo habían fracasado en la historia de Babilonia, Medo-Persia y Grecia, ahora intentó con vigor redoblado frustrar los planes de Dios. Eligió para este propósito la ciudad de las siete colinas. Sus planes estaban profundamente

trazados, y la estructura que levantó fue edificada sobre una base firme. Como un faro en alguna costa rocosa, el gran planificador esperaba que resistiera los poderosos embates de las olas de la verdad. Fue su último, su esfuerzo supremo, porque es este reino en una de sus manifestaciones el que permanece hasta el fin de los tiempos.

En sus primeros días, Roma fue gobernada por reyes, pero era imposible para un rey occidental imitar las costumbres de las monarquías orientales. Los gobiernos griegos salvaron la brecha entre el despotismo temprano y la liberalidad de las naciones occidentales más modernas. Había dos clases de hombres en Roma, y ambos exigían representación en el gobierno. Al cabo de doscientos cincuenta años, los reyes fueron destronados y se sustituyeron por cónsules. Dos cónsules de la clase rica, los patricios, detentaban las riendas del gobierno. Durante los dos siglos siguientes hubo una lucha entre patricios y plebeyos por la igualdad de derechos. Los principios del republicanismo luchaban por nacer. Gradualmente, los patricios perdieron poder, hasta que finalmente el gobierno recayó en manos del pueblo — es decir, los ciudadanos de Roma. Pero había ciudades conquistadas, especialmente en la península de Italia. *«El dominio romano en Italia era el dominio de una ciudad sobre ciudades»*. Finalmente, se concedieron derechos de ciudadanía a la mayoría de estas.

El gobierno de Dios es un gobierno representativo, y aunque Él se sienta como Rey de reyes, ejerce su dominio por consentimiento común, y sus súbditos de todos los mundos tienen representantes en los concilios del cielo. Satanás, como príncipe de este mundo, fue un representante en aquellos días en ese concilio. En Roma intentó falsificar esa fase del gobierno divino.

Fue como república que Roma comenzó su carrera como nación conquistadora. Su constitución fue el resultado de un crecimiento gradual de dos siglos. Habiendo reconocido su autoridad en toda Italia, de la cual Roma era el centro, comenzó a adquirir territorio por la fuerza de las armas. Cartago, una ciudad rival al sur del Mediterráneo, fue el primer punto de ataque, y durante cien años Roma luchó por la supremacía. Fue una lucha encarnizada, que no

podía terminar en menos que la aniquilación de una de las partes contendientes. Ridpath expresa acertadamente la política del gobierno cuando dice: «*Ellos [los romanos] tomaron lo que pudieron y luego tomaron el resto*».

Durante los años en que Roma acechó a Cartago, como un águila lista para descender sobre su presa, siempre estuvo llevando a cabo guerras de agresión en otras direcciones. Tanto Occidente como Oriente fueron invadidos. España se convirtió en una provincia sometida; todos los ciudadanos fueron gravados con impuestos; las minas de plata y oro, la riqueza de ese país, fueron confiscadas como propiedad estatal, y a ninguna ciudad se le permitió fortificarse sin el consentimiento de Roma. Esto era el llamado republicanismo — la igualdad de derechos de los hombres — tal como lo entendía y practicaba Roma.

Los habitantes de Córcega y Cerdeña fueron vendidos en los mercados de esclavos de Roma, y tan numerosos fueron estos esclavos, dice Livio, que «*Sardos en venta*» se convirtió en una expresión proverbial para cualquier cosa barata. Esto también era republicanismo romano. Macedonia y Grecia estaban en un estado de agitación, y Roma interfirió. Después de conferencias y guerras, se proclamó la independencia para todos los griegos. Este fue uno de los esquemas políticos por los que funcionaba la república, pero la libertad duró solo un breve espacio. Pocos años después, todos aquellos macedonios que eran capaces de gobernarse a sí mismos fueron llevados a Roma, mientras que los que quedaron eran hombres inexpertos que pronto cayeron en manos del senado romano. Ciento cincuenta mil griegos fueron vendidos como esclavos, y los tesoros tomados pagaron todos los gastos contraídos durante la guerra. Tan alto fue el tributo exigido a las provincias sometidas que relevó a los ciudadanos romanos de todos los impuestos para futuras guerras. Esta fue la independencia concedida a las provincias sometidas por la república de Roma.

La familia de Antíoco todavía dominaba el mundo oriental. Fue Antíoco IV quien propuso unirse a Filipo V de Macedonia contra el joven rey de Egipto cuando Roma interfirió. Pero una interferencia leve nunca fue suficiente para Roma, aunque a veces asumía ese papel por un tiempo. Antíoco el Grande, en la

única batalla de Magnesia (190 a.C.), perdió todas sus conquistas en Asia Menor. Estuvo obligado a pagar tres mil talentos y un subsidio anual de mil talentos durante doce años.

Roma controlaba Egipto porque la educación del heredero al trono estaba en manos de un senador romano, y un ejército romano estaba listo para defender el país contra todos los ataques del norte o del este. El poder romano así rodeó el Mediterráneo.

La libertad concedida a las naciones conquistadas era un mito. Roma era una república solo de nombre. Era tan imposible para Roma conceder libertad a sus dependencias como lo sería para el propio Satanás manifestar los atributos de Dios. Cualquier nación que se aparta de los principios de la libertad de conciencia, sin importar sus pretensiones, ni la redacción de su constitución, ni la voluntad de algunos de sus habitantes, encontrará imposible mantener una república que no sea solo de nombre. Esto es cierto también en la experiencia individual. La libertad solo se conoce cuando Cristo está entronizado en el corazón.

Siempre hay otros resultados que acompañan a las guerras de conquista. Por ejemplo, esta política exige un gran ejército. En los primeros días de Roma, el ejército estaba compuesto por hombres que dejaban el arado y el taller para la defensa de su país, y cuando terminaba la guerra, regresaban a sus hogares y a sus oficios; pero a medida que la guerra se convirtió en un negocio regular, los generales encontraron ventajoso mantener a sus soldados listos. El ejército no era tanto un servidor del estado como un adjunto a la persona de algún general exitoso a quien consideraba su patrón. Así se abrió el camino para el despotismo militar, y Roma experimentó esa forma de gobierno más de una vez.

El senado, que se suponía que representaba al pueblo, se convirtió en una corporación ávida de ganancias y enriquecida por el botín de guerra. Los favoritos senatoriales recibieron ricas provincias para gobernar, y el soborno era practicado casi universalmente. «*El poder del monedero*» estaba en manos solo

del senado. A su influencia se puede añadir el constante y sostenido crecimiento de las ciudades, y el declive de la población rural, una práctica siempre ruinosa para el republicanismo, y siempre alentada por un falso sistema de educación y religión.

La tradición hacía a los romanos descendientes del dios de la guerra, Marte, el *Quebrantador*, y fueron fieles a ese carácter. Dijo el escritor inspirado: «*Quebrantará y desmenuzará*». Cristo vino a Roma como el Príncipe de paz, el que vendará las heridas, el que sana a los de corazón quebrantado.

La religión de Roma era secundaria a su gobierno. Es decir, el estado era la única institución que lo absorbía todo. Un hombre en Roma era grande, no por el carácter que poseía o por la acción que había realizado, sino por el simple hecho de ser ciudadano romano. El nombre ocupaba el lugar del carácter. Aquí se ve lo contrario de la verdad. Para Dios es el carácter lo que da el nombre; para Roma era el nombre independiente del carácter.

Aunque la religión estaba subordinada al estado, la forma de religión en Roma desempeñó un papel importante en su historia, especialmente en la segunda fase o papal. Dado que el papado era una continuación del paganismo, es necesario observar sus características principales. No había dulces cantores, como David el betlemita; el estudio de la naturaleza de los griegos también faltaba. Había muchos dioses y muchos señores, pero una austeridad caracterizaba toda la adoración. El hombre era deificado y canonizado. El mismo nombre Augusto, que se aplicó a una larga línea de emperadores, significaba divino.

En los templos romanos, un cuerpo de sacerdotes realizaba los ritos sagrados, pero eran nombrados por el estado. El funcionario religioso más alto durante la vida del paganismo era el Pontífice Máximo, el papa del paganismo, y era un funcionario civil. La jerarquía religiosa, consistente en sacerdotes, augures, vestales y el Pontífice Máximo, allanó el camino para la jerarquía papal de días posteriores, así como la transición del republicanismo al imperialismo abrió la puerta a la supremacía papal.

En literatura y educación, Roma tomó prestado en gran medida de Grecia, de modo que la supremacía intelectual de esa nación debe rastrearse hasta Grecia, aunque el hombre de letras era a menudo un esclavo vendido en los mercados de sus captores.

Fue, sin embargo, la educación que prevaleció en Grecia, y que fue copiada por Roma, la que formó una clase de ciudadanos para la guerra, para la tiranía y para el papado.

El derecho romano es ensalzado como la base de todo el derecho civil actual. Se desarrolló gradualmente, como se mencionó anteriormente, y el trigo de la verdad se mezcló con la cizaña del error. Era bueno y malo, como el árbol del que Adán participó en el jardín. Esto se observa en las aplicaciones de esas leyes en los últimos días. La adoración griega de la mente o la razón, aplicada al amor romano por la ley, convirtió al jurista de Roma en el antepasado de esa clase de razonadores que hoy día dominan el mundo mediante el argumento en lugar de la regla de la justicia.

Satanás tiene un solo plan —el desarrollo del pecado—; Dios tiene uno solo —el despliegue de la verdad y el amor—. Toda la historia es una lección objetiva, que muestra cómo Dios frustra las mil maneras por las que el diablo intenta llevar a cabo sus planes, y la historia nacional no es sino la experiencia individual a gran escala.

Los estudiantes a menudo leen la historia de las naciones, olvidando que tienen ante sí una imagen de sus propias vidas. La historia nacional, más que la experiencia individual, se presenta en la profecía, porque es como una vista magnificada proyectada sobre el lienzo, revelando detalles que pasarían desapercibidos en el estudio de un solo hombre. Debe recordarse que cuando se trata de principios, Protestantismo, monarquía, papado, libertad u opresión, cada uno tiene una aplicación al hombre que trata con el hombre, a los miembros de la iglesia que tratan unos con otros, y a la nación que trata con la nación.

Con estos hechos en mente, las profecías de Daniel sobre Roma pueden entenderse. Parece que Gabriel llamó la atención sobre el cuarto reino, no al principio de su existencia, sino en el momento en que todos los principios expuestos anteriormente estaban bien desarrollados y en la etapa justa para crecer rápidamente cuando se ofrecieran los ambientes adecuados. La república estaba en realidad muerta, aunque su cadáver aún no había sido enterrado, y los hombres no estaban dispuestos a reconocer que la vida realmente había partido. Durante el período de transición entre la república y el imperio consolidado del versículo veinte, varios actores desempeñaron un papel prominente. Fue un tiempo de severa contienda entre los hombres para ver quién podía servir mejor al propósito del controlador de asuntos que estaba detrás del trono de los monarcas terrenales. A medida que la república perdió poder, una corporación compuesta por César, Pompeyo y Craso tomó las riendas del gobierno. Craso controlaba el dinero, Pompeyo tenía el ejército y César era la mente maestra.

El ejército romano, con Pompeyo como líder, arrasó Asia Menor y Siria, y todo el reino de los Seléucidas cayó a sus pies. Antioquía y cada puesto fortificado del imperio Oriental se desmoronaron a medida que avanzaba. Pompeyo, llamado a decidir entre los gobernantes de los judíos, entró en Jerusalén, y, como en tiempos pasados, el conocimiento del Dios de Israel fue dado a conocer a la nación que estaba liderando el mundo. Pompeyo, sin embargo, actuó de manera muy diferente a Alejandro. Entró en la ciudad por la fuerza después de un asedio de tres meses; las murallas fueron demolidas y los judíos sometidos a tributo al gobierno romano. Roma ahora se encontraba «en la tierra gloriosa que por su mano será consumida». Esto fue en el 63 a.C.

La sabiduría de Dios al elegir Palestina como hogar de los judíos se reconoce cada vez más a medida que avanza la historia. No hubo error en la ubicación, y no hubo una disminución del estándar establecido para esa nación. En los días de la supremacía romana, como en los días de Salomón, fue la voluntad divina que Israel fuera la luz del mundo. Se les confiaron los oráculos sagrados de la verdad, y cada nación fue llevada a ellos como a una fuente de agua viva. Si la raza hebrea

hubiera sido fiel a su deber asignado, la historia del mundo entero se leería de manera diferente. Roma llegó a Jerusalén —llegó porque fue enviada por Dios—, pero el pozo era una cisterna agrietada y con fugas, y la sed del alma de la nación no pudo ser saciada. Como resultado, Roma esclavizó a los judíos: la fuerza vital que repele al enemigo estaba ausente.

Fue durante el gobierno del primer triunvirato cuando Egipto, el reino del sur, fue nuevamente invadido por Roma. El senado romano, a cuyo cargo el padre de Cleopatra y su hermano, Ptolomeo Dionisio, los había colocado, había solicitado a Pompeyo que visitara Egipto para resolver dificultades. Pompeyo, sin embargo, fue asesinado mientras cruzaba a la tierra en un pequeño barco. César entró en Alejandría poco después, y abrazó la causa de Cleopatra, quien se había visto obligada a huir de la capital. César resultó victorioso sobre la facción gobernante en Alejandría, y antes de abandonar la ciudad, entronizó a Cleopatra y adornó su triunfo en Roma con Arsinoe, una representante de la familia real de los Ptolomeos. La historia afirma que César pasó unos nueve meses en Egipto, lo cual era inusual para este general, ya que sus rápidos movimientos de un lugar a otro eran uno de los secretos de su éxito.

César, como general, estaba en posición de lograr para el cuarto reino lo que Nabucodonosor, Ciro y Alejandro habían hecho para los tres anteriores, pero no tenemos constancia de que él siquiera reconociera a Dios como gobernante de las naciones. Fue fascinado y corrompido por la reina de Egipto. El versículo diecisiete, que describe un evento particular en la historia, también simboliza la influencia corruptora de Egipto cada vez que el norte entraba en contacto con el sur. Egipto fue una plaga para hombres y naciones por igual, desde los días de Abraham hasta César, y su influencia todavía perdura, un tipo de pecado y servidumbre.

Al salir de Egipto, César pasó por la costa de Palestina y Asia Menor, recibiendo la sumisión de todos los pueblos, con tal rapidez que envió a Roma, donde modificó leyes, fortaleció el senado, resolvió disturbios en el ejército y, más tarde, sometió el África occidental, que se había rebelado.

César fue un organizador además de un guerrero, y mostró mayor liberalidad y amplitud de ideas que cualquier gobernante anterior. La ciudadanía romana fue concedida a los habitantes de muchas ciudades hasta entonces excluidas, y todos los hombres de ciencia, de cualquier nacionalidad, fueron igualmente honrados. Planes aún mayores para el mejoramiento romano se encontraron entre sus papeles después de su muerte. Estaba acercándose al pináculo de la fama terrenal cuando cayó, atravesado por una veintena de puñales, en presencia del senado que controlaba. Él «tropezó y cayó», sin dejar heredero al trono. Otro gran hombre había pasado de la escena de acción. El Cielo estaba observando, porque el nacimiento del Hijo del Hombre estaba cerca.

Era el año 44 a.C. cuando los planes de Julio César fueron truncados por su muerte prematura. El republicanismo estaba tan avanzado que el gobierno cayó en manos de los hombres más fuertes, aquellos que contaban con apoyo militar.

Lépido, uno de los segundos triunviros, murió pronto; Antonio, un segundo miembro, enamorado de Cleopatra y atrapado en la red de la oscuridad egipcia, se arrojó sobre su propia espada y murió; Octavio, un hijo adoptivo de Julio César, quedó solo. «Así el hombre yace, y no se levanta: hasta que los cielos no sean más, no despertarán ni serán levantados de su sueño» (Job 14:12). Dice Gibbon: “Una nobleza marcial y una plebe obstinada, poseedoras de armas, tenaces de la propiedad y reunidas en asambleas constitucionales, forman el único equilibrio capaz de preservar una constitución libre contra las empresas de un príncipe aspirante.” Roma no tenía nada de esto; toda barrera de la constitución romana había sido arrasada por la ambición de Octavio, llamado César Augusto. Además, las provincias habían sido oprimidas durante tanto tiempo por los astutos ministros de la república que recibieron con agrado un gobierno unipersonal. Augusto restauró el senado a su antigua dignidad, es cierto, pero “los principios de una constitución libre se pierden irrevocablemente cuando el poder legislativo es dominado por el ejecutivo.” Así, Octavio fue proclamado emperador de Roma por el voto unánime de ese mismo senado servil.

Así fue César Augusto, el recaudador de impuestos, llevado a la cabeza del cuarto reino.

Después de siglos de contienda y agitación, guerras, derramamiento de sangre y opresión, el mundo yacía pasivo a los pies del emperador romano. Un solo gobierno rodeaba el Mediterráneo; desde el Atlántico hasta el Océano Índico, un único poder ejercía su dominio. Parecería que el gobierno terrenal había alcanzado su más alta ambición. Satanás se regocijó y descansó con la esperanza de que, por fin, la victoria era suya. Pero el momento de su tranquilo reposo fue la calma que precedió a sus mayores luchas. Tan tranquila estaba la nación que el levantamiento de una mano en rebelión en cualquiera de sus partes más distantes enviaría un latido al centro, que sería respondido con el regreso de las legiones.

Fue entonces cuando en el pequeño pueblo de Belén Efrata, a donde María y José, campesinos del pueblo montañoso de Nazaret, habían ido para ser empadronados en obediencia al mandato de este mismo Augusto, nació un Salvador, Jesucristo el Señor. Las mismas condiciones que causaron el regocijo de Satanás fueron las más favorables para Cristo cuando vino a habitar entre los hombres. Él, a quien Satanás se había opuesto desde la rebelión en el cielo; Él, el Príncipe de los mundos en todo el espacio, «fue hecho a semejanza de hombre», y vino al mundo como un bebé indefenso. Los humildes pastores en la ladera cerca de Belén, cuidando sus ovejas donde David a menudo había cuidado sus rebaños, escucharon al coro angelical proclamar el nacimiento del Redentor del mundo. Hombres sabios en los límites orientales del vasto imperio de Augusto, habiendo leído las profecías, estaban observando su estrella, y ellos también vieron una brillante compañía de ángeles, y supieron que Dios moraba con los hombres. Pero el resto del imperio dormía inconsciente de su cercanía.

Belén, el lugar de su nacimiento, era querido en la memoria de todo judío verdadero. Fue allí donde Dios se encontró con su padre Jacob cuando dejó su hogar, fugitivo y solo. Fue llamado Betel —la casa de Dios—, porque dijo Jacob: «Ciertamente Dios está en este lugar, y yo no lo sabía». Jacob llegó al mismo lugar y pagó el diezmo de sus ganancias mientras estuvo con Labán. Débora, la

nodriza de Raquel, fue enterrada allí. Fue en Belén donde Abraham plantó su tienda cuando entró por primera vez en la tierra prometida. David, el escogido de Dios, fue ungido allí. El pozo de Belén era famoso, un símbolo apropiado de Aquel que nació en Belén y ofrece el agua de vida a todos.

«La historia de Belén es un tema inagotable.» En ella se esconde «la profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios». Pero a pesar de los sagrados recuerdos que se agrupaban en torno al lugar, cuando Cristo nació, pocos hombres lo supieron.

Todo lo que el registro sagrado dice sobre Augusto, el hombre que ejerció un dominio universal, es que fue un recaudador de impuestos cuando el reino estaba en la cúspide de su gloria, y que después de un reinado de unos pocos días o años, terminaría su carrera en paz. Inconscientemente había sido un instrumento para preparar el camino para el Príncipe de paz, y habiendo hecho eso, pasó de la escena.

«Como en tiempos antiguos Ciro fue llamado al trono del imperio mundial para liberar a los cautivos del Señor, así César Augusto es hecho el agente para el cumplimiento del propósito de Dios al llevar a la madre de Jesús a Belén. Ella es del linaje de David, y el Hijo de David debe nacer en la ciudad de David.»

La mayor parte de la vida del Salvador transcurrió durante el reinado de Tiberio, el sucesor de Augusto, a quien Gabriel describió a Daniel como una «persona vil». La historia corrobora esta descripción. No era un heredero directo al trono, y nunca fue honrado por sus súbditos. La tiranía del absolutismo comenzó a manifestarse nuevamente, y los principios de las monarquías orientales se repitieron.

Las asambleas populares cesaron por completo, y el emperador usurpó el derecho de ejecutar sin juicio. Los gobernadores de Judea reflejaron el carácter del gobierno general. Los judíos fueron amargamente oprimidos, y como sabían que el tiempo estaba cerca para la aparición de un Salvador, depositaron todas sus esperanzas en un rey temporal, uno que rompiera el yugo de Roma y

estableciera para ellos un reino separado. Unos pocos, quizás, pero solo unos pocos, adivinaron la naturaleza espiritual de la promesa de un Mesías, porque era el plan estudiado de Satanás cegar los ojos de los hombres a toda verdad espiritual.

En Babilonia había procurado embriagar a los hombres con la idolatría; obrando a través de Medo-Persia había esperado matar a quienes eran fieles a su Dios; mediante las enseñanzas de Grecia había fascinado de tal manera al hombre con los poderes de su propia mente que, por obras de justicia que él mismo pudiera hacer y filosofías de su propia conjetura, fue llevado a olvidar cualquier poder superior al que él mismo poseía. Pero a pesar de todo, unos pocos se habían aferrado a la promesa dada a Abraham, Isaac y Jacob. El mundo ignoraba a Cristo, pero Juan el Bautista llamó a muchos al arrepentimiento.

El ministerio de Cristo se desarrolló durante el reinado de Tiberio, y mientras esa persona vil trabajaba, planeaba, desconfiaba y mataba, el Hombre de Dios recorría todas las ciudades de Palestina, sanando a los quebrantados de corazón y dispensando luz a todos los que quisieran aceptar. Los ángeles le observaban, Gabriel le atendía, y en tiempos de peligro especial, le protegía del enemigo que le seguía incesantemente. Finalmente lo clavaron en la cruz; los judíos fueron responsables de ello, pero la ley romana los apoyó en el acto; y si no hubiera sido hecho por su propio pueblo, los romanos lo habrían hecho; porque habían llegado a una condición en la que la vida del hombre era apenas estimada, y el reino espiritual que Cristo vino a establecer nunca podría haber sido entendido por el monarca reinante. Los oficiales de Roma clavaron al Hijo de Dios en la cruz. El Príncipe del pacto eterno fue aplastado por quienes buscaron confederarse; lo pusieron en el sepulcro; se unieron a Satanás, como nación nunca antes lo había hecho; pero Él rompió esas ataduras y salió triunfante.

Representantes de los cuatro confines del globo estuvieron cerca de Él en sus últimas horas. Los griegos se encontraron con Él en el templo el último gran día de la fiesta; el ladrón colgó a su lado en el Calvario; Simón de Cirene ayudó a llevar la cruz, y el centurión, un soldado romano, convencido, dijo:

«Verdaderamente, este era Hijo de Dios». La oscuridad que envolvió la forma moribunda de Cristo tipificó la condición del mundo romano. La luz que brilló alrededor del sepulcro cuando los ángeles ordenaron al Hijo del Hombre salir, tipificó el poder con el que la verdad penetraría el imperio a medida que sus seguidores salieran a predicar la salvación.